

El vigésimo segundo domingo después de la Trinidad

Filipenses 1:3-11

“Doy gracias a mi Dios siempre que me acuerdo de vosotros. Siempre en todas mis oraciones ruego con gozo por todos vosotros, por vuestra comunión en el evangelio desde el primer día hasta ahora, estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra la perfeccionará hasta el día de Jesucristo. Y es justo que yo sienta esto de todos vosotros, porque os tengo en el corazón; y en mis prisiones, y en la defensa y confirmación del evangelio, todos vosotros sois participantes conmigo de la gracia. Dios me es testigo de cómo os amo a todos vosotros con el entrañable amor de Jesucristo. Y esto pido en oración: que vuestro amor abunde aún más y más en conocimiento y en toda comprensión, para que aprobéis lo mejor, a fin de que seáis sinceros e irreprochables para el día de Cristo, llenos de frutos de justicia que son por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios.”

1. En la primera parte de esta Epístola, el apóstol Pablo agradece a Dios (como acostumbra a hacer al comienzo de sus epístolas) por esta gracia: que habían entrado en la “comunión en el evangelio” o llegado a ser participantes en ella. En la segunda parte, desea y pide a Dios que aumentaran y abundaran siempre más en el conocimiento y sus frutos. Hace estas dos cosas para que, con esta alabanza y jactancia del evangelio, pueda exhortarlos a quedarse firmes y constantes en él, como han comenzado y ahora están en la fe. No obstante, parece ser una lectura inferior de la Epístola, especialmente entre los que aparte de esto saben todo y rápidamente se hacen maestros de la Escritura, como si no tomara gran habilidad para percibir y aprender esto. Sin embargo, debemos explicar esta y predicación similar en beneficio de los que no lo conocen tan bien y todavía quisieran aprender.

2. Estas palabras principalmente pintan una imagen o retrato verdadero (como la gente ahora la llama) de la forma del corazón cristiano que sinceramente cree el santo evangelio. Estas personas son muy escasas en la tierra, y se encuentran pocas, especialmente tan bellas como estas, excepto entre los queridos apóstoles o los que están más cercanos a ellos en Cristo. En este asunto, somos demasiado flojos o fríos.

3. Así, sin embargo, son los corazones cristianos, este es su color o forma. Como leen las palabras de San Pablo, él está completamente feliz y animado y agradece a Dios otras personas, también, han entrado en la “comunión en el evangelio”. Tiene “buena confianza” en los que han “comenzado” a creer, toma interés en su salvación, se regocija tanto de su salvación como la de él mismo, y no puede dar suficientes gracias a Dios por esto. Ora sin cesar que pueda vivir para ver a mucha gente entrar en esta “comunión” con él y de esta forma ser preservada hasta el día del Señor Jesucristo, que hace perfecto y completo todo lo que todavía falta aquí. Así ora que puedan proceder en esta fe y esperanza sin mancha hasta que alcancen ese día gozoso.

4. Mira cómo el santo apóstol describe y derrama el fondo de su corazón, que está lleno de los verdaderos frutos de su espíritu y fe. Quema con gozo y deleite en dondequiera que ve el evangelio conocido, aceptado y honrado, ardiendo con amor sincero por su iglesia. No conoce nada más alto para desear para ellos y pedir a Dios que esto, que queden y se aumenten en ello. Lo considera un tesoro grande y precioso si tienen y retienen la palabra de Dios; Cristo también pronuncia a tales personas “bienaventurados”.

5. Ahora, la primera cosa de que Pablo nos da un ejemplo aquí es que nosotros, también, debemos estar agradecidos. Es necesario que el cristiano que conoce y cree la gracia y la bondad de Dios por el evangelio primero muestre que está agradecido por esto, no solo hacia Dios, que es lo principal, sino también hacia la gente. Ahora que nos hemos hecho cristianos y hemos salido del culto y los sacrificios falsos, por los cuales antes éramos muy ardientes y dispuestos en nuestra ceguera pagana, desde ahora debemos presentar mucho más culto y sacrificios, y hacerlo con mucha más voluntad. Ahora no tenemos ningún otro culto y obra que lo que la Escritura llama el “sacrificio de alabanza”, a saber, que no solo con boca y palabras sino desde todo el corazón prediquemos, oigamos, honremos y promovamos la palabra de Dios todo lo que podamos con cuerpo y vida para alabanza y gloria de su gracia. Esta es la parte mejor de la gratitud.

6. Llama esto una “ofrenda limpia” (Malaquías 1:11), que se le da “entre las naciones” cuando su nombre es alabado y predicado, pero no por la avaricia y la arrogancia de su propio sacerdocio y la santidad de las obras. Los judíos se jactaban de tales cosas y pensaba que Dios tendría que honrarlos por abrir o cerrar una puerta o ventana para él “de balde”, como les culpa en Malaquías 1:10. Más bien, quiere tener servicio y sacrificio hecho voluntariamente y con gozo, como dice el Salmo 110:3: “Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente”, etc., y 2 Corintios 8 [9:7]: “Dios ama al dador alegre”, etc. Esto es lo que el conocimiento del evangelio debe obrar en nosotros, para que no seamos hallados desagradecidos y olvidadizos de la gran bondad de Dios.

7. Los paganos, que no tienen este conocimiento y gracia de Dios, han maldecido grandemente este vicio, que la gente llama “desagradecimiento”, como si no hubiera nada más odioso y vergonzoso en la tierra, y han dicho: “Esta es la madre de todos los vicios”. Entre otros, leemos de un ejemplo excelente de esto en Arabia, en un pueblo llamado los nabateos. Tuvieron gente tan excelente en su gobierno y se oponían tanto a este vicio que si un hombre manifestaba falta de gratitud a otro, fue castigado con muerte y considerado un asesino.

8. No hay nada que sea tan abominable y que la naturaleza humana puede tolerar menos. Es más fácil vencerlo y hasta olvidarlo si un enemigo tal vez ocasionara herida o daño, hasta el asesinato de padre y madre, que olvidarlo cuando el hombre que has tratado bien y con fidelidad te paga con ingratitud e infidelidad, de modo que con tu amor y amistad no has comprado más que odio. El proverbio latín habla de alguien que ha nutrido y criado una serpiente en su pecho. Por esto Dios también se opone

extremadamente a este vicio y lo castiga, como dice la Escritura: “Al que da mal por bien, el mal no se apartará de su casa” (Proverbios 17:13).

9. Ahora, esto es lo que la naturaleza y la razón enseñan acerca de la ingratitud que la gente demuestra unos a otros. ¡Cuánto más grande, más vergonzoso y maldito debe ser este vicio cuando se muestra a Dios mismo! ¡Cuando todavía éramos sus enemigos y merecíamos el fuego del infierno, por bondad sin límite e indecible nos dio no diez o cien mil monedas de oro, sino liberación de su ira y muerte eterna, y nos ha llenado de consolación, seguridad, una buena conciencia, gozo y vida! Estos beneficios no se pueden expresar ni comprender en esta vida, pero se contemplarán eternamente en la vida venidera. Ahora, ¡cuánto más terrible es cuando la gente es desagradecida por estos beneficios! Un ejemplo es el sirviente en la lectura del Evangelio de hoy, a quien se le perdonaron y dieron diez mil talentos, ¡pero no quiso perdonar cien denarios a su conserivo!

10. ¿Quién creería que hubiera gente tan malvada en la tierra que muestra tan gran desagradecimiento a Dios por este beneficio supremo eterno? Sin embargo vemos ante nuestros ojos, lamentablemente, en dónde están, quiénes son, y hasta cuán lleno está el mundo de ellos, no solo entre los que deliberadamente persiguen la verdad reconocida del evangelio de la gracia de Dios, consolación para la conciencia, y la promesa de la vida eterna—lo cual seguramente asusta, y son la encarnación de la maldad infernal del diablo—, sino también entre nosotros que hemos recibido el evangelio y nos gloriamos en él. Las multitudes son tan vergonzosamente ingratas por esto que no sorprendería que Dios les pegara con relámpagos y truenos, y aun con todos los turcos y los demonios del infierno.

El siervo ingrato fue tan vulgar que tan rápidamente olvidó el peligro y la angustia en que tan recientemente había estado cuando fue llamado para rendir cuentas, no podía pagar, y se pronunció sobre él el veredicto airado de que él y todo lo que tenía debían ser vendidos y encarcelados para siempre. Nosotros también tan rápidamente hemos olvidado cómo fuimos afligidos bajo el papado, cuando nos inundamos y nos ahogamos como en un diluvio con tantas enseñanzas extrañas, y cuando nuestras conciencias con angustia anhelaron la salvación. Ahora, sin embargo, que hemos sido liberados de todo eso por la gracia de Dios, le damos las gracias por eso precisamente de esta manera, que solo nos cargamos tanto más con la ira de Dios, como otros han hecho antes de nosotros, y sido terriblemente castigados por ello.

11. Calcula para ti mismo la maldad intolerable que es que recibimos de Dios un beneficio tan extremadamente grande, el perdón de todos nuestros pecados, y somos los señores del cielo, y sin embargo Dios no puede obtener de nosotros ni movernos para que recordemos esto y por causa de ello perdonar siquiera una palabra de nuestro prójimo. No mencionaré que también debemos dar y servirlo a él. ¡Debe estar contento con esto, siempre dejarnos seguir nuestro camino, y darnos gran prosperidad y felicidad, como si fuéramos hijos buenos y obedientes! Todavía pensamos que tenemos el poder y el derecho de vivir y actuar como queramos. ¡Entre más grandes, doctos, nobles y

poderosos somos, más grandes malhechores nos hacemos, practicando toda clase de malicia y fomentando contienda, discordia, guerra y asesinato para cumplir nuestra terquedad! Debemos habernos dado por vencidos y cedido un centavo comparado con las cien mil monedas de oro que recibimos diariamente de Dios con total falta de gratitud.

12. ¿Qué significa cuando dos carneros y señores poderosos se dan uno contra el otro, tal vez para obtener media ciudad o dos, cuando, si hubieran considerado lo que recibieron de Dios, tendrían que avergonzarse en pensar: “¿Qué hacemos cuando tratamos de arruinar uno al otro, puesto que todos fuimos bautizados en el nombre de Cristo y estamos unidos bajo un Señor y hemos jurado ser fieles a él?” Pero no deben mirar ni pensar en esto; más bien deben alejarlo de la vista y el corazón y totalmente olvidar lo que Dios ha hecho por nosotros. Más bien, juntos pierden país y pueblo, o los entregan al turco, para un centavo miserable, que ninguno cedería por amor al otro.

13. Sin embargo, es al diablo mismo que el mundo lo deja poner silla y montarlo, como él quiere. Esto sucede en todos los oficios, nadie cede al otro ni lo lleva bien con él ya, sino todos a la fuerza ponen presión por su propia terquedad. Pensamos que nuestro honor y éxito supremo dependen de que no perdonemos nada y que seríamos arruinados si retuviéramos lo que tenemos en paz. Más bien, tenemos que apostar las dos últimas vacas en su establo y perder todo hasta el último palo, de modo que finalmente tenemos que cesar cuando viene el remordimiento, porque no nos queda ni vaca ni establo, ni casa ni palo.

¡Si tan solo tuviéramos tanta gracia y pudiéramos considerar lo que nos sucedería si Dios tratara de esa forma con nosotros y exigiera (como tiene pleno derecho a hacerlo) que paguemos la deuda que hay contra nosotros y no perdonara nada de ella! ¿No tendríamos en este momento que hundirnos en el abismo del infierno para siempre? Esto debe finalmente suceder con los que no prestarán atención a esto sino continuamente amontonan sobre sí la ira de Dios, no queriendo otra cosa sino que trate con ellos como se hizo con este siervo; sobre él cayó el veredicto irrevocable que sin misericordia sería entregado a los atormentadores para pagar la deuda, la cual nunca podría quitar ni pagar.

14. Esto también es recto y justo. La ingratitud, dice San Bernardo, es un vicio maldito y vergonzoso, que, como un viento malvado, seco, vacío, seca y agota todos los manantiales de la gracia y la bondad con Dios y la gente. La naturaleza humana no puede tolerarla. Esto tampoco puede suceder con Dios, que deba derramar toda gracia y bondad sobre ti, tanto espiritual y temporalmente, y que sigas sin cesar, en tu maldad, abusando su bondad con desafío e insultos contra él, y así malvadamente provocar su ira contra ti. No puede hacerte bien sin tu gratitud, cuando tú mismo alejas de ti su bondad y no dejarás ningún lugar para ella.

De esta forma, el manantial de la gracia y la misericordia, que brota y desborda eternamente hacia todos los que sinceramente lo desean, tiene que agotarse y cesar para ti, de modo que no puedes gozarlo, aunque quisiera darte agua en abundancia y sin

cesar, si tú mismo no lo secaras con el viento vacío de tu ingratitud. Esto sucederá porque tan vergonzosamente olvidas la bondad indecible que Dios derrama sobre ti, y no honras la sangre del Señor Cristo, con que nos redimió y reconcilió con Dios, tanto para perdonar una palabra de tu prójimo por amor a él.

15. ¿Pero qué clase de carga pesada es que un hombre agrade y agradezca a su querido Dios y, en honor de Cristo, actúe un poco como un cristiano? No requiere grandes problemas ni trabajo; no rompe ningún hueso; y no daña tu propiedad ni honor. Aunque haya un poco de injusticia, piensa en lo que Dios en cambio te ha dado y dará de su gracia y bendición.

Sí, ¿por qué debes quejarte, aunque exigiera peligro a tu precioso cuerpo y vida? Lo que el Hijo de Dios tuvo que hacer por ti no fue dulce y suave para él, sino exigió su sudor de sangre y angustia y tristeza de corazón indecible. Para esto se separó de su cuerpo y sangre cuando tomó la ira y la maldición de Dios sobre él y la llevó, la cual debe haber estado sobre ti para siempre. Todo esto lo hizo gustosamente, por amor ardiente. ¿No debe avergonzarse tu corazón delante de todas las criaturas que eres tan duro y renuente, tan duro como palos y piedras, en cuanto a soportar y perdonar siquiera una palabra desagradable en alabanza y gratitud a él? ¿Qué cosa mayor podrían hacer tales personas que sufrir peligro y daño por amor a Cristo, y dar a los pobres y necesitados y ayudarlos, y especialmente preservar la palabra de Dios, las parroquias, los púlpitos y las escuelas?

16. ¡No habría sorprendido si Alemania hace tiempo se hubiera perecido, o sido completamente arruinada por los turcos o tártaros, debido a este olvido maldito e infernal y desprecio de su gran gracia! De hecho, ¡sorprende que la tierra todavía nos apoya y el sol todavía brilla! Sin embargo, debido a nuestra falta de gratitud, todo el cielo reamente debe estar negro y la tierra se debería convertirse en sal, como dice la Escritura (Salmo 106 [Salmo 107:34], como Sodoma y Gomorra se hicieron sal, ya no produciendo hojas ni hierba, con todo volteado. Así sería, si Dios no nos perdonara y todavía no nos sostuviera por amor a los pobres cristianos justos, a los cuales él todavía conoce y reconoce.

17. Sin embargo, en dondequiera que miramos no vemos otra cosa sino un diluvio de ejemplos terribles de ingratitud hacia el querido evangelio entre todos los oficios. Reyes, señores y príncipes rasguñan y muerden, envidian y odian unos a otros, oprimen y arruinan su propio país y pueblo, no consideran una buena armonía cristiana para ayudar a la pobre Alemania y preservar un abrigo y lugar para la miserable iglesia contra los ataques asesinos del diablo, el Papa y el turco. La nobleza solo recoge, toma y roba todo lo que puedan tanto de los príncipes y otros, especialmente la pobre iglesia, y como diablos pisotean a pastores y predicadores. Los ciudadanos y campesinos también solo son avaros, practican la usura, y son engañosos, desafiantes y vergonzosos, sin pasar vergüenza ni castigo, de modo que clama al cielo, y la tierra ya no lo puede soportar.

18. Bueno, ¿por qué debemos decir mucho de esto? El mundo ya está perdido, y ninguna amonestación ayuda. Es del diablo y así se queda. Debemos estar preparados a no encontrar en él el ejemplo del apóstol, sino más bien lo opuesto, la imagen contraria de la más desvergonzada ingratitud. Sin embargo, en dondequiera que todavía haya cristianos que temen a Dios, deben pensar en seguir esta imagen hermosa: que sean agradecidos, y que la gente pueda ver que quieren escuchar la palabra de Dios, que tienen gozo y deleite en ello, y no les gusta ver que se desprecie; y que pueden demostrar con sus vidas que no han olvidado a mostrar bondad hacia aquellos de quienes han aprendido el evangelio. En resumen, pueden ser personas cuyos corazones y bocas siempre están llenos de las palabras doradas *Deo gratias*, “gracias a Dios” y “alabado sea Dios”, etc. Para esto hemos sido llamados, como he dicho, y esto debe ser nuestro culto diario y sacrificio a Dios. Las obras y frutos de la justicia (como San Pablo dice aquí) también debe brillar ante la gente. Esto debe seguir y fácilmente seguirá cuando reconozcamos lo que Dios nos ha dado.

19. Aunque el mundo no quiere actuar así, y diariamente tenemos que ver, oír y soportar que siempre se hace más desagradecido, esto no debe llevarnos al error, porque no lo cambiaremos. Debemos predicar de ello, criticar y reprender el vicio cuando podamos, y diligentemente amonestar a todos a tener cuidado de ello. Sin embargo, tenemos que estar preparados para ver que en el mundo no será así. Debemos vivir entre gente ingrata y no ofendernos por ello ni debido a ello dejar de querer hacer lo bueno. Más bien, como dice Salomón, debemos “Dejar que fluyan nuestros manantiales” (Proverbios 5:16, Vulgata) y siempre hacer el bien, no apartándonos de ello aun si la gente nos agradece con lo malo. Asimismo, Dios diariamente “hace salir su sol” tanto sobre los agradecidos y los desagradecidos.

20. Si haces esto para recibir la gratitud del mundo, y piensas que bien lo merecerás, experimentarás lo opuesto y recibirás lo que se te merece, como el hombre que mordió una nuez vacía y recibió una boca llena de suciedad. Ahora, si te enojas violentamente debido a esto, derrocas montañas y ya no haces lo bueno, entonces ya no eres un cristiano. Haces daño a ti mismo y no logras nada. ¿No ves dónde vives? Vives en el mundo, que debe estar lleno de vicio e ingratitud. Es como dice el versículo: *Qui retribuunt mala pro bonis*, “que pagan mal por bien”. Todo el que no aprenderá esto mejor salga corriendo del mundo. Cualquiera puede estar con gente justa y hacerles bien; el chiste es quedarse con la gente mala y no también hacerse malo.

21. Por tanto, que el cristiano aprenda desde la juventud (para que después esté acostumbrado a ello y pueda soportarlo) hacer el bien a todos y esperar el mal en cambio. Sin embargo, no se alabe ni apruebe esto, sino, hasta donde pueda en su oficio, reprender y refrenarlo. La mejor prueba y señal de una obra verdaderamente buena es cuando los que reciben el servicio no solo son ingratos sino también lo devuelven con el mal. Esto también sirve para impedir que el hombre imagine que sea bueno y se complazca consigo mismo, aunque sea tan dorado y precioso ante Dios que el mundo no puede estar digno de pagarlo.

22. La segunda obra que San Pablo presenta aquí es que los cristianos deben orar. Las dos cosas deben acompañarse: agradecerlo por la bondad que hemos recibido y pedir que Dios fortaleciera y preservara lo que ha comenzado en nosotros. Este pedir también es necesario porque el mal del diablo y del mundo nos ataca y quisiera arrebatar la oración de nosotros. Debemos sin cesar batallar contra esto. Nos duele a nuestra carne y sangre débil. No podemos durar en esta batalla y quedarnos sin ser vencidos a menos que constante y sinceramente imploremos la ayuda divina. Por tanto, estas dos partes siempre deben acompañarse (como eso fue retratado en los sacrificios diarios del Antiguo Testamento): el sacrificio de alabanza o acciones de gracias (el “gracias a Dios” por los beneficios y dones recibidos) y el sacrificio de la ofrenda de la oración o el Padrenuestro contra la maldad y mal de que queremos ser librados.

23. Esta vida todavía no ha alcanzado la meta a que apunta, sino solo los primeros frutos, y todavía no hemos llegado a ser satisfechos con lo que deseamos, sino solo tenemos desayuno de la mañana y un gusto anticipado de él. Todavía tenemos lo que se nos ha dado por la fe, pero no en la experiencia real y plena posesión. Por esto debemos orar acerca de la angustia que queda, de la cual todavía no somos librados, hasta que lleguemos allí, en donde ya no necesitaremos orar y en donde no hay más que vida y gozo y un eterno “Gracias a Dios” y “Aleluya”.

Sin embargo, para que esta alabanza y gozo también pueda comenzar y ser fortalecida aquí en la tierra, debemos ocuparnos con la oración, tanto por nosotros mismos y por toda la iglesia, a saber, por todos los que han recibido y creído el evangelio, y así todos ayudan unos a otros. Este beneficio será mucho más precioso y el gozo más fuerte si no queda solo sino muchos participen de él. Así San Pablo dice que “da gracias a Dios” y también “hace su oración acerca de su comunión en el evangelio”.

24. En efecto, el corazón cristiano debe tener gozo y deleite cuando ve a tanta gente llegar a la gracia, alabando y agradeciendo a Dios con él. Tal deseo despierta la oración y el implorar tanto más fuertemente. El cristiano no debe ser una criatura tan inhumana que no le importa si otras personas creen o no. Más bien, que tome interés en toda la gente y siempre suspire y clame por ellos, que el nombre de Dios sea santificado, su reino venga, se haga su voluntad, etc. También ora que las mentiras del diablo en todas partes sean profanadas, su poder y asesinato de las pobres almas sean refrenados, y su voluntad sea impedida.

25. Esto debe venir del corazón verdaderamente serio de un cristiano verdadero, así como San Pablo muestra con estas palabras que tanto su agradecer y orar vienen de su corazón ardiente. Ningún hombre hablaría las palabras “Agradezco a Dios tantas veces me acuerdo de ustedes, y oro con gozo”, etc., si su corazón no estuviera lleno de estos pensamientos.

Esta es la forma verdadera en que un apóstol debe hablar, que hace su agradecimiento y oración con todo gozo. Sinceramente se regocija porque en alguna parte tiene una ciudad o un grupo pequeño en donde se hallan cristianos que aman el evangelio, con quienes puede regocijarse y por quienes puede agradecer a Dios y pedir por ellos. ¿No

debe ser tanto más el caso aquí, que en donde el evangelio fue oído, toda la gente estuviera llena de gozo, agradeciera a San Pablo con corazón y boca, y orara a Dios por él, porque se hicieron dignos de la gracia, fueron liberados de su ceguera, y ahora recibieron de él la luz, por la cual salieron del pecado y la muerte a la gracia y vida de Dios?

26. Ahora, no espera que ellos comiencen (como deberían) a expresar su gozo y gratitud hacia ellos. Más bien, tan pronto que comienza a hablar con ellos, tiene que derramar su corazón acerca de cuán feliz está y cómo sinceramente agradece a Dios por ellos, etc. Realmente deben haberse sonrojado cuando leyeron o escucharon esta lectura de la Epístola, comenzando con estas palabras, y haberse reprendido: “Miren, no debemos dejar que él diga esto; nosotros mismos debemos haber comenzado a indicar el gozo y la gratitud que le tenemos”.

27. En cuanto a esta imagen hermosa, perfecta de este apóstol, los demás no la alcanzaremos por mucho tiempo ni podremos jactarnos de ella. Cuando escuchamos que el apóstol se regocija altamente que en alguna parte hay alguien que recibe el evangelio, ¿por qué debemos quejarnos de que la gente no nos escucha y de que tan pocos reciben la palabra de Dios? Lo correcto sería guardar silencio y no dejar que esto nos aflija. Lo mismo sucedió con Cristo mismo, con los profetas y con los apóstoles, que tuvieron que regocijarse de que algunos creían. Vemos cómo Cristo se regocijó cuando en alguna parte encontraba una fe fuerte y, por otro lado, que frecuentemente estaba triste y enojado involuntariamente con su propio pueblo que no quería escuchar su palabra. Lo mismo también sucedió con San Pablo. Después de que atravesó casi todo el imperio romano con el evangelio, en alguna parte encontró una ciudad en donde tenía un grupo pequeño de cristianos genuinos, y por ellos especialmente se regocijó, consolándose en ellos más que en todos los tesoros del mundo.

28. Bueno, es bueno y sale bien para el mundo que Cristo con sus apóstoles y predicadores deben regocijarse aun si en alguna parte su querida palabra es escuchada. Algún día esto se verá. Yo pensaría que toda la gente estaría contenta de correr hasta el extremo del mundo si tan solo pudieran escuchar a un apóstol. Sin embargo, San Pablo tuvo que correr por el mundo con su predicación bajo gran tribulación, peligro y angustia, menospreciado y pisoteado por todos. Sin embargo, se regocijó porque alguien recibía el evangelio. Antes el Papa y toda su multitud no necesitaban correr ni caminar tras nadie; más bien, se sentaban con su autoridad como señores del mundo. Todo el mundo tenía que correr tras ellos, en dondequiera que estaban, y a nadie le agradecieron por esto.

29. Como gente necia, nuestros padres y muchos entre nosotros corríamos de todos los países muchos cientos de millas al santo sepulcro en Jerusalén, a Santiago de Compostela, o para ver las cabezas de San Pedro y San Pablo en Roma. Algunos iban descalzos y otros en armadura completa (a no mencionar otros peregrinajes innumerables), como la gente estúpida. Llevamos grandes montones de dinero allí, agradecemos a Dios, y nos regocijamos de que podíamos comprar las indulgencias

mentirosas del Papa y ser dignos de ver los huesos muertos (que exhibían como reliquias), pero más que todas las reliquias más santas, ¡besar los pies del Papa! El mundo quiere tener esto otra vez, y tampoco tendrá nada mejor.